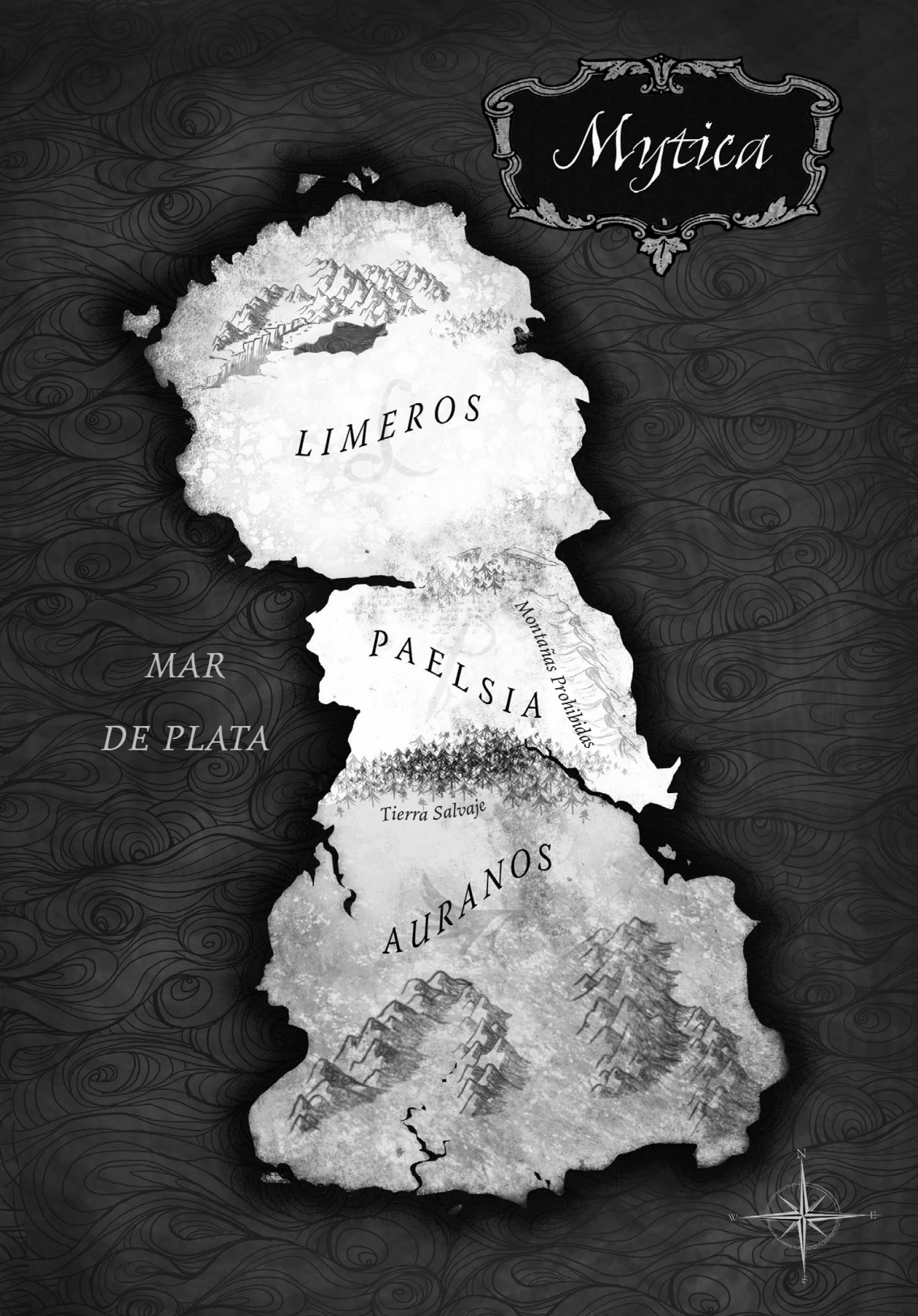
LIMEROS

LA GUERRA ESTÁ A PUNTO DE ESTALLAR.
¿DE QUÉ LADO ESTÁS?
LA CAÍDA DE LOS REINOS
MORGAN RHODES


Mytica
LIMEROS
PAELSIA
Montañas Prohibidas
MAR
DE PLATA
Tierra Salvaje
AURANOS
N
W
E
S

Limeros

Reino del Norte

Magnus Damora	príncipe de Limeros
Lucía Damora	princesa de Limeros
Gaius Damora	rey de Limeros
Althea Damora	reina de Limeros
Sabina Mallius	amante del rey
Jana	hermana de Sabina
Michol Trichas	pretendiente de Lucía
Tobías Argynos	hijo ilegítimo de Gaius
Andreas Psellos	pretendiente de Lucía, rival de Magnus
Amia	criada de las cocinas
Valoria	diosa de la tierra y el agua

Vigías

Alexius	vigía joven
Timotheus	vigía anciano
Phaedra	vigía joven
Danaus	vigía anciano

SIMEROS

Le habían hecho una pregunta, pero Magnus no estaba atento. Cada vez que asistía a uno de aquellos banquetes, los comensales le recordaban a un enjambre de moscas tan molestas como imposibles de espantar.

Curvó los labios en lo que pretendía ser una sonrisa agradable y se volvió a la izquierda para hacer frente a la mosca más ruidosa de todas. Llenó la cuchara de kaana y la engulló sin masticar, intentando no saborearla. Echó un vistazo al trozo de buey salado que había también en el plato de peltre; estaba perdiendo el apetito.

–Disculpadme, mi señora. No os he oído bien.

–Decía que vuestra hermana Lucía ha crecido mucho –repitió lady Sofía, limpiándose las comisuras con una servilleta profusamente bordada–. Se ha convertido en una jovencita encantadora.

Magnus pestañeó; detestaba aquella cháchara trivial.

–En efecto.

–Decidme, ¿cuántos años cumple hoy?

–Dieciséis.

–Es una muchacha encantadora, y tan amable...

–Está bien educada.

–Por supuesto. ¿Se ha comprometido ya con alguien?

–Todavía no.

–Ah... Mi hijo Bernardo es un chico muy esforzado y bastante atractivo; lo que le falta de altura lo compensa con la inteligencia. Creo que harían buena pareja.

–Mi señora, creo que eso deberíais discutirlo con mi padre, no conmigo.

¿Por qué le había tocado sentarse al lado de aquella mujer? Además de ser aburrida, olía a moho y, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, a algas. Tal vez hubiera salido de las aguas del mar de Plata y hubiera sobrevolado los acantilados hasta llegar al frío castillo de Limeros, en lugar de cruzar la llanura helada como todo el mundo.

Su marido, lord Lenardo, se echó hacia delante en su asiento de respaldo alto.

–Ya basta de hacer de casamentera, esposa mía. Tengo curiosidad por saber qué opina nuestro príncipe acerca de los problemas en Paelsia.

–¿Problemas? –preguntó Magnus.

–Han estallado algunos disturbios provocados por el asesinato del hijo de un vinatero... Ocurrió hace una semana en un mercado, a la vista de todo el mundo.

–El asesinato del hijo de un vinatero –Magnus acarició el borde de su copa con el índice–. Perdonad mi desinterés, pero no me parece digno de atención. Los paelsianos son gente salvaje y proclive a la violencia. He oído decir que comen sin problemas la carne cruda si el fuego tarda demasiado en encenderse.

–En efecto –lord Lenardo sonrió con malicia–. Lo singular del asunto es que el asesino es un miembro de la alta nobleza de Auranos.

Aquello era algo más interesante.

–¿Ah, sí? ¿Quién?

–No se sabe, pero hay rumores de que la propia princesa Cleiona estuvo envuelta en el altercado.

–Ya. Me temo que los rumores son como las plumas: tanto los unos como las otras carecen de peso.

A no ser, por supuesto, que fueran ciertos.

Magnus conocía a la hija menor del rey de Auranos, una muchacha de la misma edad que su hermana. La había visto en una ocasión, cuando eran niños, durante una visita de su familia al palacio real de Auranos. No tenía ningún interés en volver a visitar aquel país; su padre detestaba al rey auranio y, hasta donde él sabía, el sentimiento era mutuo.

Abarcó la sala con la mirada y sus ojos se cruzaron con los de su padre, que le observaba con fría desaprobación. Al rey le molestaba la actitud displicente de Magnus en los actos públicos como aquel; le parecía una falta de respeto. Magnus, por su parte, era incapaz de disimular, aunque tenía que admitir que tal vez no se esforzara lo suficiente.

Levantó su copa de agua y brindó por Gaius Damora, rey de Limeros: su padre.

Los labios de este se afinaron.

Irrelevante, pensó Magnus.

No era asunto suyo que la fiesta tuviera éxito o no; al fin y al cabo, no era más que una farsa. Su padre era un tirano que obligaba al pueblo a obedecer sus órdenes usando sus armas favoritas: el miedo y la violencia. Disponía de una auténtica horda de caballeros y soldados que mantenían a sus súbditos

bajo control. Aunque se esforzaba mucho por mantener las apariencias y dar imagen de hombre capaz, señor de un reino floreciente y próspero, la vida en Limeros era difícil desde hacía doce años, cuando Gaius –el Rey Sangriento, el soberano del puño de hierro– heredara el trono a la muerte de su padre, el muy querido rey Davidus. Los problemas económicos aún no afectaban visiblemente a nadie que viviera en palacio –al fin y al cabo, la religión limeriana prohibía el lujo y la ostentación–, pero las estrecheces que pasaba el pueblo eran difíciles de ignorar. A Magnus le molestaba que el rey no lo hubiera admitido nunca en público.

Sin embargo, los miembros de la corte recibían con cada comida una porción de kaana, un puré de alubias amarillentas que sabía a lodo. Se esperaba que la comieran para dar ejemplo, ya que aquel alimento era lo único que tenían muchos limerianos para llenar el estómago durante su interminable invierno. Además, el rey había mandado retirar de las salas del castillo los tapices más llamativos, dejando las paredes frías y deslucidas. En la corte estaban prohibidos la música, el canto y el baile. La biblioteca del castillo solo guardaba libros formativos; no quedaba nada que sirviera de puro y simple entretenimiento. Al rey Gaius solo le importaban los ideales limerianos de fuerza, fe y sabiduría; no le interesaban el arte, la belleza ni el placer.

Circulaban rumores de que Limeros empezaba a languidecer, como ocurría en Paelsia desde hacía varias generaciones, debido al final de la *elementia*. La magia esencial que daba vida al mundo se estaba secando igual que un cuenco de agua en el desierto.

Según aquellos que creían en la magia, después de que las diosas rivales Cleiona y Valoria se destruyeran entre sí cientos de años atrás, en la tierra solo habían quedado trazas de *elementia*

que ya empezaban a desvanecerse. La tierra de Limeros se helaba todos los inviernos, y la primavera y el verano solo duraban un par de breves meses. Paelsia agonizaba, su tierra cada vez más seca, árida y fría. Solo el país de los auranios, al sur, parecía librarse de aquella decadencia.

Limeros era un país profundamente religioso, cuyos habitantes se aferraban a su fe en la diosa Valoria durante aquellos tiempos difíciles. Sin embargo, Magnus consideraba que la fe en lo sobrenatural, se manifestara como se manifestara, era indicio de debilidad de carácter... con algunas excepciones. Contempló a su hermana, sentada dócilmente a la derecha de su padre como invitada de honor en aquel banquete que celebraba su cumpleaños.

Llevaba un vestido de un tono naranja con matices rosados que recordaba a una puesta de sol. Era nuevo –Magnus jamás se lo había visto puesto– y estaba muy bien confeccionado. Mostraba la imagen de pujanza y perfección que su padre exigía a la familia real, aunque resultaba sorprendente aquel colorido, ya que el rey prefería los grises y negros.

La princesa tenía la tez pálida y una larga cabellera negra que, cuando no la recogía en un moño, le caía hasta la cintura en ondas suaves. Sus ojos eran azules, del color del cielo despejado, y sus labios carnosos tenían un color rosado natural. Lucía Eva Damora era la chica más hermosa de todo Limeros, sin excepción alguna.

De pronto, la copa que Magnus apretaba en la mano estalló y los cristales le cortaron la palma. Soltó una maldición y agarró una servilleta para restañar la sangre mientras lady Sofía y su esposo Lenardo le miraban con expresión de alarma, como si aquel repentino estallido hubiera sido provocado por su cháchara de pretendientes y asesinatos.

No era así.

Estúpido...

Ese era el pensamiento que reflejaba el rostro de su padre, a quien la escena no había pasado inadvertida. Su madre, la reina Althea, sentada a la izquierda del rey, también se había dado cuenta y lo observaba con ojos gélidos. Magnus apartó de inmediato la vista y continuó hablando con la mujer que tenía al lado.

Su padre, en cambio, no despegó la mirada de él. Parecía avergonzarse de estar en la misma sala que el torpe e insolente príncipe Magnus, heredero del trono. *Heredero... de momento*, pensó con amargura tras echarle un vistazo a Tobías, la mano derecha del rey. Magnus se preguntaba a menudo si su padre le mostraría su aprobación alguna vez. Habría debido mostrarse agradecido porque le hubiera invitado a aquella celebración, pero no había sido por aprecio: Gaius quería aparentar que la familia real de Limeros estaba muy unida, ahora y siempre.

Era tan gracioso...

Magnus podría haber abandonado las frías y grises tierras de Limeros para explorar los reinos exóticos que había más allá del mar de Plata. Sin embargo, había algo que le retenía allí a pesar de que estaba a punto de cumplir dieciocho años.

–¡Magnus! –Lucía se acercó corriendo y se arrodilló a su lado, inquieta–. ¡Estás herido!

–No es nada –replicó, tenso–. Solo ha sido un rasguño.

Su hermana frunció el ceño al ver la sangre que había empapado el vendaje improvisado.

–A mí no me lo parece. Ven –le agarró de la muñeca–, te lo vendaré como es debido.

–Id con ella –aconsejó lady Sofía–. No querréis que se infecte, ¿verdad?

–No, claro está –farfulló él de mala gana; lo que le dolía no era la herida, sino el orgullo–. Está bien, hermana; cúramelo.

Ella le dedicó una amable sonrisa que hizo que algo culebreara en su interior. Desvió la mirada, esforzándose por ignorar el cosquilleo.

Siguió a Lucía hasta la sala contigua, sin dedicarles una sola mirada a sus padres al salir. Hacía frío: allí no había gente cuyo calor corporal caldeara el ambiente, como en la sala de banquetes. Los tapices descoloridos que pendían de las paredes no ayudaban a templar los helados muros de piedra. Un busto de bronce del rey Gaius le miraba desde su pedestal entre los pilares de granito, juzgándole con severidad incluso ahora que no se hallaba ante su presencia.

Lucía ordenó a una doncella que trajera vendas y un recipiente de agua, obligó a Magnus a sentarse a su lado y le desató la servilleta sin que él opusiera resistencia.

–Estas copas de cristal son tan frágiles... –se excusó él.

–Ya –Lucía enarcó una ceja–. Así que se rompió sin motivo alguno.

–Exactamente.

Ella suspiró, humedeció un paño y comenzó a limpiar la herida con tanta suavidad que Magnus apenas notó el escozor.

–Sé por qué lo has hecho.

–¿De veras? –respondió él envarándose.

–Por nuestro padre –sus ojos azules buscaron los de Magnus–. Estás enfadado con él.

–¿Piensas que imaginaba que la copa era su cuello, como muchos de sus súbditos?

–¿Era eso lo que hacías?

Lucía apretó con firmeza la herida para detener la hemorragia.

–No. No estoy enfadado con él; más bien al contrario. Es él quien me odia.

–No te odia. Te quiere.

–Será el único, entonces.

–Ay, Magnus –a Lucía se le iluminó la cara–. No seas tonto. Yo te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo. Lo sabes, ¿verdad?

Magnus sintió como si alguien le abriera el pecho y le estrujara el corazón. Carraspeó sin despegar los ojos de su mano herida.

–Claro. Yo también te quiero.

Las palabras se le atragantaron. No le costaba faltar a la verdad; las mentiras se deslizaban por su boca con la suavidad de la seda. Pero decir la verdad no era tan sencillo.

Lo que sentía por Lucía no era más que amor fraternal.

Aquella mentira le resultaba fácil. Incluso cuando se la repetía a sí mismo.

–Ya está –declaró ella acariciando el vendaje–. Mucho mejor.

–Deberías hacerte curandera.

–No creo que nuestros padres lo consideraran una ocupación digna de una princesa.

–Tienes toda la razón.

La mano de Lucía seguía posada en la suya.

–Gracias a la diosa que no te hiciste más daño...

–Sí, gracias a la diosa –murmuró él secamente antes de curvar los labios en una sonrisa sin alegría–. Tu fe en Valoria supera a la mía, como siempre.

Ella le dirigió una mirada penetrante pero afable.

–Sé que piensas que la fe en lo sobrenatural es una estupidez.

–No creo haber usado nunca la palabra «estupidez».

–A veces hace falta creer en algo mayor que uno, Magnus, algo que no se puede ver ni tocar. Hay que conservar la fe porque es lo único que nos da fuerzas en los tiempos oscuros.

–Si tú lo dices...

Lucía esbozó una sonrisa. El pesimismo de Magnus siempre le había hecho gracia; no era la primera vez que mantenían aquella conversación.

–Algún día creerás, estoy segura.

–Creo en ti. ¿No basta con eso?

–Entonces, tendré que servir de ejemplo para mi querido hermano –se inclinó para darle un beso en la mejilla y Magnus se quedó sin aliento por un instante–. Debo volver al banquete; al fin y al cabo, se supone que es en mi honor. Nuestra madre se enfadará si desaparezco sin dejar rastro.

Magnus asintió.

–Gracias –se rozó la venda–. Me has salvado la vida.

–Lo dudo mucho, pero intenta controlar tu genio cuando estés cerca de objetos frágiles.

–Procuraré recordarlo.

Lucía le dedicó una última sonrisa y se apresuró a regresar al gran salón. Magnus se quedó sentado unos minutos, escuchando el murmullo de los nobles. No lograba reunir fuerzas para regresar; no tenía ningún interés en asistir a aquel banquete. Si alguien le preguntaba al día siguiente, siempre podía decir que se había encontrado indispuesto por la pérdida de sangre.

De hecho, se sentía enfermo. Sus sentimientos hacia Lucía estaban mal. Eran antinaturales, pero aumentaban día a día por más que tratara de ignorarlos. Desde hacía un año era incapaz hasta de mirar a cualquier otra muchacha de la nobleza, justo

cuando su padre empezaba a presionarle para que eligiera a su futura esposa.

Pronto el rey empezaría a dudar de su inclinación por las mujeres. En realidad, le importaba poco lo que pensase; fueran cuales fueran sus preferencias, su padre le obligaría a casarse con quien él mismo eligiera cuando se le agotara la paciencia.

Y desde luego, no sería con Lucía; Magnus no se atrevía a acariciar aquella idea ni siquiera en sus sueños más disparatados. Los matrimonios incestuosos estaban prohibidos por la ley y la religión, incluso entre la realeza. Si Lucía se enterara de sus sentimientos, se sentiría asqueada, y Magnus no quería que dejara de mirarle con los ojos brillantes por el afecto. Esa luz era lo único que le alegraba en el mundo.

Todo lo demás le hacía sentirse desgraciado.

Una sirvienta joven entró en la estancia en penumbra y se detuvo al verlo. Tenía los ojos grises y el pelo castaño recogido en un moño prieto. Su vestido de lana estaba raído, pero limpio.

–Príncipe Magnus, ¿puedo ayudaros en algo?

Por más que le torturara pensar en su bella hermana, Magnus se permitía algunas distracciones sin importancia, y Amia le resultaba muy útil en más de un aspecto.

–Esta noche no.

–El rey ha abandonado el banquete para reunirse con la dama Mallius en el balcón –repuso ella con una sonrisa cómplice–. Están cuchicheando. Interesante, ¿verdad?

–Tal vez.

Gracias a Amia, Magnus se había enterado de muchas cosas interesantes a lo largo de los meses anteriores. La doncella estaba más que dispuesta a ser sus ojos y oídos en el castillo, y no tenía reparos en espiar para él siempre que fuera nece-

sario. Unas palabras amables o un atisbo de sonrisa bastaban para contentarla y asegurar su lealtad. Amia creía que Magnus nunca dejaría de ser su amante, pero sus esperanzas carecían de fundamento; a no ser que la tuviera delante de sus ojos, el príncipe se olvidaba hasta de su existencia.

Magnus le dio una palmada en la cintura a modo de despedida y se dirigió en silencio hacia un balcón de piedra que daba al mar oscuro, sobre los acantilados rocosos en los que se alzaba el castillo del rey de Limeros. Aquel era el lugar favorito de su padre para retirarse a pensar, a pesar del viento cortante de las noches invernales.

–No digas tonterías –susurró el rey en la balconada contigua–. Esos rumores carecen de fundamento. No son más que supersticiones.

–Pues dame otra explicación –murmuró otra voz conocida: era la dama Sabina Mallius, viuda del que había sido el consejero del rey. Al menos, ese era su título oficial; el no oficial era el de amante del rey, una posición que ocupaba desde hacía dos décadas. El rey no se molestaba en ocultárselo a la reina ni a sus hijos.

La reina Althea soportaba sus infidelidades sin quejarse. Magnus no sabía si a aquella mujer de hielo a la que llamaba madre le importaba lo más mínimo lo que hacía su marido ni con quién lo hacía.

–¿Alguna otra explicación para la crisis que atraviesa Limeros? –repuso el rey–. Hay muchas, y ninguna de ellas está ni remotamente relacionada con la magia.

Vaya, pensó Magnus. *Parece que los chismorreos de los campesinos se han convertido en un asunto digno de la atención de mi padre*.

–Eso no puedes saberlo.

Se hizo una larga pausa.

–Sé lo suficiente como para ponerlo en duda.

–Si comprobamos que esta crisis se debe en alguna medida a la *elementia*, significará que estábamos en lo cierto o, más bien, que yo estaba en lo cierto. Y que todos los años que pasamos esperando la señal no fueron tiempo perdido.

–Viste la señal hace muchos años. Las estrellas te dijeron lo que querías oír.

–Fue mi hermana la que vio las señales, no yo. Pero sé que estaba en lo cierto.

–Han pasado dieciséis años y no ha sucedido nada. Mi decepción crece día a día.

–Cómo me gustaría estar segura... –suspiró ella–. Sin embargo, tengo fe en que la espera llegue pronto a su fin.

–¿Cuándo? –rio el rey sin humor–. ¿Cuánto tiempo he de esperar antes de desterrarte a las Montañas Prohibidas por tus engaños? O tal vez deba pensar en otro castigo más adecuado para ti...

–Te aconsejo que no lo pienses siquiera –murmuró Sabina con voz gélida.

–¿Es una amenaza?

–Es una advertencia, amor mío. La profecía sigue siendo tan cierta hoy como lo era hace años. Yo creo en ella. ¿Y tú?

El rey tardó en contestar.

–Sí, yo también creo en ella, pero mi paciencia llega a su fin. No pasará mucho tiempo antes de que este reino se hunda igual que Paelsia y acabemos viviendo como campesinos miserables.

–Lucía ha cumplido dieciséis años; se acerca el momento de su despertar, no me cabe duda.

–Espero que estés en lo cierto. No me gusta que me engañen, ni siquiera si eres tú quien lo hace, Sabina –la voz del rey

no mostraba un ápice de calidez–. Los dos sabemos bien cómo reacciono ante las decepciones.

–Sé que tengo razón, amor mío –replicó ella en un tono igualmente helado–. No te sentirás defraudado.

El rey echó a andar para entrar en el castillo, y Magnus se pegó al muro de piedra para que no lo descubriera. La cabeza le daba vueltas; lo que acababa de escuchar le desconcertaba. Se quedó inmóvil, observando cómo su aliento formaba vaharadas blancas en el aire de la noche. Sabina se dispuso a seguir al rey al interior del castillo, pero de pronto se detuvo, inclinó la cabeza, giró en redondo y miró directamente a Magnus.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal del príncipe, pero consiguió mantener una expresión neutra.

La belleza de Sabina no se había marchitado con el tiempo. Su cabello era liso y negro, y sus ojos tenían el color del ámbar. Solía ataviarse con prendas lujosas de tonos rojizos que marcaban las curvas de su cuerpo y destacaban entre la sobriedad típica de los limerianos. Magnus ignoraba su edad; en realidad, no le preocupaban demasiado aquel tipo de cosas. Sabina residía en el castillo desde que él era un niño, y siempre había mantenido el mismo aspecto frío, bello y atemporal. Era como una estatua de mármol que se moviera, respirara y se dignara mantener de vez en cuando conversaciones aburridas.

–Magnus, mi querido niño –dijo mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. Sus ojos delineados con *khol* negro mostraban recelo, como si adivinara que había escuchado su conversación.

–Sabina... –saludó él.

–¿Por qué no estás divirtiéndote en el banquete?

–Ah, ya me conoces –replicó él secamente–. Prefiero divertirme por mi cuenta.

Los labios de Sabina se curvaron un poco más mientras sus ojos recorrían el rostro de Magnus, y el príncipe notó un cosquilleo desagradable en la cicatriz que le cruzaba la mejilla.

–Por supuesto.

–Si me disculpas, quisiera retirarme a mis aposentos –Magnus estrechó los ojos al ver que Sabina no se movía–. Adelante, Sabina. No querrás hacer esperar a mi padre, ¿verdad?

–Bajo ningún concepto; detesta que le decepcionen.

Magnus esbozó una sonrisa gélida.

–Así es.

Al ver que ella seguía inmóvil, el príncipe se dio la vuelta y echó a andar con calma. La nuca le hormigueó como si la mirada de Sabina pudiera rozarle.

La conversación que acababa de escuchar se repetía en su mente. Aquello no tenía ningún sentido; Sabina y el rey habían hablado de magia y profecías, asuntos sin duda peligrosos. ¿Ocultarían algún secreto sobre Lucía? ¿A qué se referirían cuando hablaban de su despertar? ¿Sería una broma estúpida que se habían inventado para entretenerse? Si sus voces hubieran sonado remotamente alegres, se habría inclinado por esa opción. Pero no había sido así: en ellas había tensión, preocupación e ira.

Las mismas emociones que Magnus albergaba ahora en su pecho. No le importaba nada en el mundo salvo Lucía, y aunque jamás le revelaría sus verdaderos sentimientos, haría lo que fuera para protegerla de cualquiera que quisiera hacerle daño. Y ahora, su padre –el hombre más frío y peligroso que había conocido en su vida– entraba en aquella categoría sin lugar a dudas.